

Bryce

Juan Cruz

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE ES VISTO POR JUAN CRUZ COMO UN ESCRITOR QUE ORDENA UN ESPACIO PARA RESPONDER A LO INDETERMINADO DE LA VIDA.

La última vez que vi a Alfredo Bryce Echenique fue hace nada, en el Hotel de Las Letras de Madrid. Me había enviado un correo electrónico muchas semanas antes, y creí erróneamente que me esperaba dos semanas después, y le estuve llamando de manera obsesiva a ese mismo hotel. No estaba, Alfredo no estaba. Su modo británico de proceder me había dado un tiempo larguísimo para que aguardara su visita, que yo creí inmediata, y luego me envió otro correo: ya estoy llegando. Recibí una llamada telefónica de ese hotel, y deduje que era Alfredo, porque ya se había anunciado su verdadera presencia, no la que yo había equivocado. Así que le llamé: «No, no era yo, pero ya estoy aquí». Quedé con él al día siguiente, y como siempre que quedo con Alfredo, en Madrid o en Perú o en Barcelona, siento la obligación casi enfermiza de ser más puntual que él, pero él siempre me gana. Tiene a su favor que él es más sedentario que yo, y que cuando tiene una cita procura tener tan solo esa cita, y esa mañana, a las once menos cuarto, la cita era yo, y allí estaba él desde las diez y media, vestido con un terno oscuro, de rayas grises, muy bien afeitado, tomándose una Coca Cola. Cuando le vi sentado, sin papeles, sin periódicos, mirando al vacío, ejerciendo quizá su asombrosa memoria, poniendo en orden lo que se le ocurriera mientras pasaban las primeras horas del día en una ciudad a la que ama tanto como le ama, lo recordé otra vez, muchos años antes, sentado con su traje marrón, de pana seguramente, en un bar del aeropuerto de

Barajas, cuando éste era casi un aeropuerto provincial; también sin papeles en la mano, tomándose un whisky largo en vaso bajo, *on the rocks*, esperando no sé qué avión o no sé a quién, entonces Bryce estaba solo y aparecía solo y esa soledad era mucho más que la soledad de la espera. Ahora, en este encuentro de Madrid, igualmente solo, asentado como un caballero inglés en un sillón rojo, después de años de conocimiento y de trato y de amistad, ya sé distinguir entre los dos semblantes, aquel ruidoso de Bryce cansado y este aquietado de un Bryce más sereno; como si por encima de su frente, esa pelambreira que la invade, ese pelo que dan ganas de peinar lentamente mientras hablas con él, para dejarlo tal como él se lo ha peinado, hubiera pasado un tornado que lo ha dejado aún más pacífico, la apariencia de Bryce es la de un hombre al que alientan ahora la paz y la alegría que proviene del interior, una alegría que no canta, que se manifiesta en silencio incluso en medio de las preguntas más turbulentas. Le vi, en el pasado, en tiempos de soledad nada succulenta, y le he visto en tiempos de soledad sonora; la suya es una vida muy poblada de amigos y de memorias, pero siempre ha atravesado, en algún momento de los días y de las noches, como por encima de un alambre en el que alguien desconocido le toca jazz para alentarle su melancolía. Soñoliento o desganado, inclinado sobre sí mismo en un rincón, o atento y solícito, elegantemente cercano a la voz de alguien, una dama, un hombre, un amigo o un perfecto desconocido, no es dos Bryce sino uno, porque por dentro hay uno, tan solo. En los dramas y en las juergas, ese Bryce único que lo habita y lo conforma le hace mirar hacia lo hondo y no hacia las ramas, y ese Bryce hondo es el que le habita la memoria para ponerle en orden. Una vez estuve en su casa de Lima, la que ya no tiene, porque estaba a trasmano del mundo y de la civilización y de los amigos; en esa casa había una cocina impoluta de cuyo poyo o encimera sobresalía una cafetera muy utilizada a cuyo alrededor se agrupaban, estrictamente alineadas y limpias, seis tazas todas iguales y en una alineación radical, nada sobresalía de donde tenía que estar. La casa entera absorbía ese sentido del orden, su escritorio parecía recién estrenado, sus sillas y sus mesas guardaban una simetría casi obsesiva, y en las fotografías (abundantes) y en los cuadros de los pasillos ese orden al que yo asistía maravillado

parecía darme una información nueva, inédita, de un Bryce que yo jamás hubiera intuido. Algo supe una vez que fui a verle en su casa de Madrid, en un palomar ilustre de la calle Francisco de Rojas; todo allí era orden en libros y en sillones y en mesas bajas donde se acumulaba la lectura que estaba haciendo, los periódicos y las revistas y los libros, pero este espectáculo del orden en Lima era mucho más que una apuesta doméstica, era el reflejo de un orden que ya desde entonces me explicó muchas cosas. Bryce escribe para contar el desorden que nos va sucediendo, escribe cartas y libros para poner en orden las palabras que lo hacen y lo habitan, pero para que ese orden se manifieste y se haga explícito requiere que todos los objetos de la vida cotidiana estén en el lugar donde él los manda. Nada puede estar fuera de lugar, para que tenga su efecto adecuado la barahúnda de hechos y de memorias que se acumulan en su muy poblada literatura. A veces nos hemos preguntado cómo es posible que incluso cuando bebe demasiado, y él mismo ha dicho que ha bebido demasiado, como Pepe Caballero, como Pepe Esteban, como Carlos Barral, como Ángel González, recuerde tanto; y la respuesta está en ese orden estricto, mayor, obsesivo, a que son sometidos los objetos que realzan su amor porque las cosas estén donde tienen que estar. Ahora que le he visto en Madrid, yendo a una recepción de Reyes y de académicos, y le he visto fugazmente porque nada más sentarnos un poeta vino a hablarnos de su dentadura, he comprobado una vez más que lo que desprende Bryce es orden, te mira con orden, te pregunta con orden, te pone en orden mientras estás con él dos minutos; pónganse a leerlo desde esa perspectiva y verán como su obra, que desde *Un mundo para Julius* le busca obsesivamente, cuenta un Bryce inédito, mucho más íntimo, mucho más hecho que lo que hubieran creído antes. Porque cuando escribe está haciendo que crezca en sus palabras el personaje que por dentro le dice: «Alfredo, tampoco te olvides de esto». Es como una mano que le pusiera en su sitio las tazas, las colchas, los edredones, la mano que mece su memoria para que nunca le deje de decir qué paso ayer noche ©